

Los diamantes de tu rostro

Por: Lucatero

Las cortinas estaban raídas y necesitaban cambiarse. Afortunadamente no era lo único. Hacer de la casa un lugar habitable la mantendría ocupada. Yolanda miró por enésima vez lo que a partir de ese día se convertiría en su solitario hogar. Un casco de hacienda, invendible y con techos tan altos que las aristas se perdían de su vista, pero finalmente, era eso lo único que tenía.

Poco a poco fue seleccionando qué colocar en cada pieza, aunque no había realmente nada con qué amueblar, a no ser del contenido de un par de maletas y un camastro encontrado en una de las habitaciones traseras. Así que llevó todas esas cosas a la que había escogido como dormitorio y se puso a comer un bocadillo que había comprado en el camino, sentada en una vieja mecedora... No había habido preguntas al administrador de la vieja hacienda y todo por ser cobarde. Esa misma cobardía que la había llevado a esa situación...

Estaba terminando de comer, cuando escuchó que llamaban a la puerta. Quién sabe, quizá el hombre se había olvidado de decirle algo y con ese pensamiento en mente, fue a atender. Al abrir la gruesa plancha de madera, sin embargo, con lo que se encontró fue con los ojos verdes, veteados de tonos flamígeros de Olivia.

-¿Qué tal estás disfrutando tu nuevo hogar? –le preguntó ella, entrando sin ser invitada a pasar. Yolanda, como era su costumbre, buscó apoyo en la pared y se hizo a un lado, mientras la recién llegada caminaba hasta el centro de la habitación-. Vas a manchar todo tu vestidito negro de cal.

Yolanda no contestó ni se retiró de la pared. Eran hábitos de viuda y no estaba para preocuparse por esos detalles. No así Olivia, quien lucía un vestuario tan frívolo

como siempre. A ella el luto le había durado tan sólo para el día del entierro y las visitas al “albacea”. Para nada más.

-Tan callada como siempre... A veces me pregunto de qué podía hablar mi padre contigo –siguió hablando, burlona.

-¿En qué... en qué puedo servirte, Olivia? –pudo al fin balbucir Yolanda, pero sin abandonar el apoyo de la pared-. No esperaba volver a verte.

-No, supongo que no, Yolanda. Ni yo tampoco. Pero me estaba preguntando... No, me imagino que no, tú no podrías tenerla. Además, es peligroso. No, debo estar equivocada...

Como siempre, esperaba a que la invitaran a seguir hablando. Sin embargo, Yolanda estaba tan pasmada por su visita, que no lo hizo por lo que el ceño de Olivia se frunció y tuvo que continuar:

-Pues bien, se trata de esto. ¿De casualidad tú no sabrás de la caja de laca con diamantes que tenía papá? No la encuentro por ningún lado.

Debió palidecer. Pero como Olivia no estaba acostumbrada a mirarla, no había peligro de que lo notara. Mas su mente estaba en la maleta pequeña, en cuyo fondo entre las mascadas, descansaba la cajita de laca llena de diamantes que Rafael le había entregado sabiamente, previendo el despojo. Finalmente, evocando ese último bastión de seguridad que le quedaba, pudo responder:

-No, Olivia. Sabes bien que lo único que me llevé de la casa de tu padre fue la ropa que tenía cuando soltera.

-No estoy acusándote de haberla traído contigo. Sólo pregunté si sabías dónde puede estar. En fin, no debo haber buscado bien, debe estar en alguna parte. Es peligroso tenerla en algunos lados, especialmente aquí.

-Repito que...

-¡Oh, no es nada, sólo preguntaba! Pero sí, te contaba que es peligroso traer piedras preciosas por aquí. Por la mujer del collar. Dicen que en las cercanías de la hacienda hay un fantasma.

-¡No quiero oír eso! –Yolanda se cubrió los oídos y Olivia sonrió complacida:

-Olvidaba que las historias de miedo te ponen mal. Pero es una tontería. Contaban cuando era niña que se aparece el fantasma de una mujer, que colecciona piedras preciosas. Las huele, podríamos decir. Las pide, despertándote en mitad de la noche, sin que sepas qué fue lo que te despertó. Es ella. Hay que llevarle las piedras en ese momento al cruce de los caminos sin mirar atrás. Tienes que dárselas porque si no, se supone, que te quitará los ojos y se los colgará como collar. Por eso le dicen así, la mujer del collar.

-¡Cállate, Olivia, por favor! –suplicó Yolanda.

-Oh, te digo que es una tontería. Dicen que uno sigue viendo mentalmente, aunque te haya quitado los ojos. Por supuesto, ves lo que ella quiere que veas, que generalmente debe ser el momento en que les está quitando los ojos a otras personas. No aguantas esas visiones, es preferible la muerte... Es sólo una historia, Yolanda.

-¡Ya, ya! Te he dicho que no sé dónde están esos diamantes, así que puedes irte –le pidió ella, inconsciente de que su valor se encontraba en su miedo.

-Me pregunto para qué querrá tantas piedras. Seguramente hace caridad con fantasmas pobres... Pues sí, me voy. Es bueno que no sepas de la caja de diamantes. ¡Imagínate que no se los dieras y te sacara los ojos! –concluyó ella, soltando una carcajada y dirigiéndose a la puerta.

Yolanda esperó a que el ruido del automóvil de su hijastra se perdiera para cerrar la puerta totalmente convencida de que sólo había ido para enojarla. Y esa historia... bien sabía que los cuentos de miedo la afectaban mucho, por eso había ido a contársela.

Por otro lado, ya había comprendido que sabía que los diamantes estaban con ella y no sólo eso, que estaba decidida a quitárselos, así como le había quitado todo lo demás. Pero con esa historia no lo conseguiría, no...

Estaba segura de que todo ese cuento había sido invento de Olivia, pero no podía borrarcelo de la cabeza. Incluso, mientras limpiaba y adecentaba la hacienda, se sabía distraída al recordarlo. Cualquier ruido comenzó a sobresaltarla. Cuando tiró una escoba sin darse cuenta, no pudo evitar un grito de espanto al escuchar el estrépito que ésta había hecho al chocar contra el suelo. Riéndose de su nerviosismo, se concentró mejor en recordar a Rafael...

Huérfana y casada con su profesión de enfermera, Yolanda había abandonado toda idea de tener una familia. Pero un día, un viudo que le doblaba la edad fue internado en el hospital por un pequeño incidente cardiaco. Cuando el enfermo, Rafael Dorantes, estuvo en condiciones de volver a casa y requirió una enfermera de noche, quiso llevarse a Yolanda para que lo cuidara. Y el resto fue historia. Sin embargo, la felicidad del matrimonio duró sólo cuatro años... además, estaba Olivia, la hija única de su marido...

Yolanda interrumpió sus recuerdos al toparse con el momento en que conoció a su hijastra. Prefirió seguir limpiando la hacienda y así llegó la noche.

II

Cuando despertó de repente, en la habitación llena de sombras y en mitad de la noche, pensó que era un simple hecho fortuito. De pronto, recordó la historia que Olivia le había relatado sobre la mujer del collar. No, debía ser una simple coincidencia. Sin embargo, el silencio y el sudor frío que comenzó a recorrerla, los ojos, los diamantes... Con cierto nerviosismo, su mirada se dirigió hasta la maleta pequeña, aquella que resguardaba la caja de laca. De pronto, el viento comenzó a aullar, como reclamando

algo... Yolanda se tapó los oídos para no escuchar, pero quizá lo que debió haberse tapado fueron los ojos.

Las sombras a su alrededor jugaban formando figuras caprichosas que parecían respirar. Aterrada, no pudo evitar lanzar un grito de miedo. Rápidamente se levantó de la cama y sólo cubierta con el delgado camisón de algodón, tomó la caja de diamantes y apretándola sobre su pecho, salió de la hacienda.

Perdida en el campo, en algún lugar del país, su nueva vivienda estaba alejada de todo... Pero era lo único que no le había quitado Olivia, quizá por considerarla inservible. La noche era oscura y fría y el viento parecía arrastrarla, pero eso no fue todo. Ahí en la espesura, rodeándola, le pareció que alguien la observaba y se movía pesadamente, como caminando a la par que ella.

-¡No, no puede ser, es sólo mi imaginación! –se dijo mentalmente, deteniéndose. Pero ese alguien pareció detenerse también. Entonces fue cuando echó a correr, allá donde su instinto le recordaba la ubicación del cruce de los caminos. Gritando y agitándose entre las tinieblas, pudo encontrar el lugar y sin esperar más, cerró los ojos y arrojó la caja al suelo. Después, tapándose los ojos para evitar que le fueran arrancados y tropezando en el camino de regreso, volvió a correr, antes de que esa presencia que respiraba en el ambiente, pudiera alcanzarla. De vuelta a la casa, puso trancas y la mecedora contra la puerta, como previniendo que alguien pudiera entrar. Acurrucada en un rincón y sobresaltándose ante el menor ruido nocturno, esperó a que amaneciera...

III

Cuando el sol salió y el canto de los gallos que ignoraba hubiera cerca de ahí, la despertó, lo primero que hizo, fue ponerse el vestido negro de cualquier modo y salir de la hacienda. Qué diferente era todo a la luz del día... el campo estaba seco pero lo único

que se respiraba en él era el aroma rural, que era agradable y confortante, así como inquietante y aprensivo, la noche anterior.

Al llegar al cruce de caminos, le sorprendió encontrar la caja de laca en el suelo. Y comenzó a reír, pensando que todo había sido una tontería, que se había dejado llevar por una burda sugestión. Sin embargo, al levantar la tapa, bañada de rocío, lo que tuvo en su mano fue una caja vacía.

De nada le sirvió buscar entre la hierba ni regresar a la casa para revisar hasta el fondo de la maleta. Los diamantes simplemente habían desaparecido. Con la caja fuertemente apretada entre sus manos, de rodillas ante la maleta desordenada, a su mente llegó el momento en que Rafael le había entregado la caja:

-Princesa, quiero que te quedes con ellos. Te sacarán de cualquier apuro cuando yo te falte. No sé, Olivia está tan mal influenciada por el imbécil con el que se casó, que no me extrañaría que hiciera cualquier cosa por dejarte en la calle.

Claro que no era correcto decirle que su hija no necesitaba ninguna influencia, la maldad era característica en ella. Yolanda lo había percibido en el instante en que la conoció y vio que era más importante para ella el encontrar un sustituto de azúcar para su café que comprobar si el ritmo cardíaco de su padre se normalizaba. Y bien, ya había tenido oportunidad de constatar la existencia de esa peculiaridad de su hijastra en muchas ocasiones, la más cercana apenas horas antes.

Rafael no se había equivocado. Olivia, repartiendo promesas monetarias aquí y allá y con la ayuda de su marido y su cómplice, un primo lejano que había servido como “albacea”, poco a poco había conseguido dejar a Yolanda prácticamente con la ropa puesta, sólo con sus propios ahorros totalmente mermados por los gastos médicos y funerarios. Claro está que la viuda no se había preocupado por hacer nada... sabía reconocer cuando una batalla estaba perdida de antemano. Por eso, precisamente por

eso, Rafael le había dado la cajita de los diamantes sin engastar para que no sufriera apuros económicos a su muerte y ahora en su mano, sólo había una caja vacía.

Pero es que Yolanda temía a los fantasmas, más que nada en el mundo. Los años de hospital y de soledad la habían hecho así. Temía a las apariciones y en especial a aquellas que podían lastimar a los vivos, como aquellos que quitaban los ojos. Por esa causa es que había dejado la caja de diamantes en el cruce de caminos, para que la mujer del collar no le arrancara sus “almendritas”, como Rafael solía llamarles.

Pensando en esta situación y tratando de convencerse de que la mujer del collar era la que se había llevado los diamantes y no Olivia, se puso de pie y corrió por el campo para tomar el camino que llevaba al pueblo. Alguien debiera haber oído antes del fantasma y si la historia era cierta, se sentiría un poco mejor. Había perdido la seguridad económica que las gemas representaban, pero al menos podría ocuparse como enfermera particular en alguna casa. Lo importante era saber que su hijastra no la había despojado de todo.

En el pueblo, estuvo indagando aquí y por allá y la respuesta la dejó fría. Todos habían oído hablar de varios fantasmas pero nadie del de la mujer del collar. De hecho, algunos, incluso se burlaron de la historia diciendo que era demasiado fantasiosa para ser verdad.

Desconsolada, Yolanda estaba a punto de regresar a la hacienda cuando se encontró con el administrador que le había entregado el inmueble, al que por supuesto también interrogó sobre el mismo espectro:

-No, señora Dorantes, toda mi vida desde que era chiquillo me he ocupado de la hacienda y nunca escuché nada de lo que me cuenta.

-Es que... Olivia me dijo... –replicó ella, desfallecida.

-La señorita Olivia siempre fue buena para eso. Figúrese que no dejaba dormir a sus amiguitas cuando venían de visita por estarles contando cuentos de muertos y de brujas. ¡Era una diablilla! –afirmó el hombre, sin disimular la sonrisa que dichos recuerdos le causaban.

Yolanda no quiso escuchar más y salió corriendo de ahí, de vuelta a la hacienda y al llegar, pudo ver cómo el automóvil color champaña de Olivia se alejaba por el camino. Corrió hasta la puerta y al abrirla, lo primero con lo que su vista se encontró, fue con un sobre en el suelo. Lo tomó automáticamente y desgarró el papel para ver su contenido. Sólo había una tarjeta que decía:

“Querida Yolanda: Sólo para avisarte que ya encontré la cajita de laca. Muchas gracias por ser tan ingenua y fácilmente impresionable. Me saludas a la mujer del collar. Con cariño, Olivia.”

No pudo más. El convencimiento de que había caído tan fácilmente y principalmente, que Olivia le había quitado todo en la vida, la hizo tomar una decisión, motivada entre otras cosas, por el más oscuro deseo de venganza. Así que amarró una cuerda de la rama de un árbol cercano y se colgó de ella.

IV

Mientras moría, se dijo que si Olivia quería un fantasma, un fantasma tendría. Y supo esperarla. Cuando su hijastra regresó por la hacienda con la idea de construir en ella un hotel de paso, su fantasma la despertó en la mitad de la noche y le exigió los diamantes. Cuando Olivia, muerta de miedo, se quedó sin habla, Yolanda, la pronta a nacer mujer del collar le quitó los ojos verdes veteados de tonos flamígeros y se los colgó en el cuello. Con el tiempo, el espectro se dio cuenta de que le gustaba la joya que se había fabricado. Así que pronto fueron más las víctimas a las que pidió piedras preciosas o los ojos. Y mientras permaneció con vida, la mente de Olivia fue presa de

esas horribles visiones que le presentaba ese fantasma horrendo que ella misma había inventado.

FIN